

Victoria de Stefano

En busca de la voz interior

Entre sus obras:

El desolvido (1971), *Sartre y el marxismo* (1975), *La noche llama la noche* (1985), *Poesía y Modernidad*, *Baudelaire* (1984), *El lugar del escritor* (1990), *Cabo de vida* (1993), *Historias de la marcha a pie* (1997).



Poética de su escritura

Victoria de Stefano escribe porque es una necesidad profunda que se impone. Su búsqueda en las letras ha apuntado siempre hacia el interior, hacia su voz interna. “Para todo escritor existe una poética, sólo que algunos son más conscientes de ella que otros”, comenta sin separarse de las memorias, del momento cuando empezó a escribir, siempre buscando externar algunas ideas que había internalizado con respecto al mundo.

Desde *El desolvido* (1971) e incluso en cuentos anteriores que había publicado en la revista “Tabla redonda”, sus letras ya llevaban —como ella dice— un sello. Existe una conexión en todas.

Reflexionando sobre ese sello personal en su trabajo, la autora recuerda: “Encontré hace poco una frase relacionada con el poeta Paul Celan, en la cual él dice que busca un ángulo de incidencia en su poesía, relacionado con la herida. Yo siento también que desde el primer momento hay un ángulo de incidencia personal, de mi propia experiencia, muy marcado desde el principio”.

La escritura, como acto de vida, la ocupó dos años en la elaboración de un diario personal, con un objetivo preciso: seguir escudriñando su interior. Acababa de publicar *Cabo de vida* —relata— y no quería quedarse sin escribir: “...sin embargo no tenía la energía para entrar en un compromiso, en una hipoteca de vida tan grande como es una nove-

la. Escribí ese diario. Estaba tratando de profundizar ese deseo de buscar una voz más personal, esa perspectiva subjetiva sin que necesariamente eso cayera en una confesión o algo por el estilo sino intentando ver el mundo de los fenómenos, como todas las circunstancias, siempre a través de mi propia experiencia, y a través de una conexión en mí muy fuerte con el pasado...”

Esa conexión con el pasado la traslada a la Europa de los años 40: “...creo que tiene que ver con que soy una niña de la posguerra. Yo nací en 1940, en Italia, y nosotros llegamos a Venezuela en 1946. Creo que ese elemento de búsqueda tan fuerte de mi infancia, se ha quedado en mi vida y en lo que escribo: salir de un país, del exilio (aunque no era un exilio con visos trágicos ni dramáticos... mi abuelo vivía aquí, desde el año 33 o 34). La guerra marca. Todo lo que estaba en las conversaciones, en el mundo familiar. La venida a Venezuela, cuando escuchaba que nos decían: “¡Vamos a pasar el Atlántico!”.

Establecida ya en este país creció Victoria de Stefano, y creció en ella la intensidad de la voz interna. A los 18 años ya tenía probablemente algunos escritos, pero no la idea publicar. “Yo siento, y no sé si para todos los escritores es lo mismo —supongo que sí— que mi camino fue un camino muy solitario... todo el primer periodo era solitario el deseo de escribir, de expresar, una conexión con una verdad. El hecho de ser personal la convierte en una verdad comunicable o participable”.

En los años 70 surgió la posibilidad de publicar, en un ámbito donde había relativamente pocos escritores. La autora encontró finalmente una vía de escape para esa voz interior, pero ha sido prudente en el juego entre la profundidad y el entorno: “Todo el mundo quiere ver sus libros publicados, pero pensar en términos de lectores puede ser una trampa para el escritor, porque hay temas álgidos, temas de actualidad que hacen a veces que un libro o una obra sea inmediatamente recibida, consumida y disfrutada, pero la actualidad pasa pronto”.

Influencias

Piensa Victoria de Stefano que a veces la palabra influencia supone una recepción un poco pasiva del entorno, o de algún escritor o movimiento: “En ese sentido —aclara— no reconozco influencias. Reconozco pasiones”.

Empezó a leer, casi niña. Leía la tragedia griega. Leía mucho a Jones. Le tocó palpar a través de la lectura el mundo de una época (aunque con algún atraso —comenta— pues lo que quizá se leía en los años 50 en Europa, era acogido con avidez en los años 60, en Venezuela). “A fines de los 70, yo creo que nadie escapó a leer la literatura

latinoamericana en el amplio abanico de sus figuras que se estaban imponiendo en el mundo literario o del mercado (no importa la palabra). Leíamos a Cortázar. A mí me impresionó mucho Arguedas. Leí mucho a Lezama Lima..”

Hay un momento en que fue decantando de ese universo, aquellos escritores que sintió más afines, según comenta la autora, quien vivió un proceso de formación peculiar: “Yo no estudié Literatura, yo estudié Filosofía. Creo que ésa fue una elección... que el mundo de la literatura fuera un territorio propio, que no estuviera mediando la academia o el profesor. Sentía que la Filosofía me abría un universo muy amplio”.

Esa elección formativa explica la importancia que han tenido en su obra las lecturas filosóficas, que incluso hace con mucho más placer en el momento que termina su carrera... “La prosa de los filósofos —estima— es insuperable. Soy lectora y relectora”.

Victoria de Stefano lee mucho a Schopenhauer, un filósofo que considera afín a los intereses de quienes escriben. En él ha encontrado algunos ángulos de incidencia al elaborar sus novelas. Mucha gente detecta esos elementos de filosofía, de conciencia, de ensayo, de análisis en la narrativa de esta autora, y ella suscribe esa idea, la de buscar su voz, y la de explorar en el conocimiento humano, como lo manifestara el más romántico de los filósofos alemanes, Novalis, a quien cita con admiración: “la sede del arte está en el intelecto o el pensamiento”.

Es sabido que la autora narra y hace ensayo simultáneamente. Es un ejercicio necesario para ella. En gran parte —aclara— la experiencia académica le ha exigido una sistematización del conocimiento, que le permite abordar el ensayo también.

Las reflexiones de Victoria de Stefano se entretajan en su prosa narrativa. En su discurso hay, según describe, “interrupciones, como pequeños traumas, como pequeños choques de relación con los objetos, con los personajes, con el entorno de la novela, en el cual hay una adhesión emocional y entonces eso es lo que nos permite identificarnos con un objeto, con un personaje, penetrar una situación... Mis novelas no son novelas de argumento, de anécdota. La anécdota es mínima... Si hay una anécdota ésta es explorada hacia abajo, hasta donde no hay más voces que la mía propia”.

En todo este bordado de voces que se aprecia en sus libros, sigue estando una escritora de múltiples lecturas, experiencias y sensaciones. Y es que —como diría Virginia Woolf, en la invocación de Victoria de Stefano— no se puede imaginar, no se puede pensar a un escritor sin experiencia. “Y cuando ella dice eso se refiere a la experiencia de toda la literatura y toda la tradición literaria... yo estoy pendiente de eso. Siento que ésa es la profundidad del pasado que arropa al escritor”.

La narrativa venezolana contemporánea

La panorámica que describe Victoria de Stefano de la narrativa contemporánea venezolana es amplia. Encuentra voces muy diferentes y escrituras muy diferentes a pesar de que pueda haber un punto de conexión.

Cuando empezó a escribir, en los años 60, para su generación (Luis Britto García, José Balza, Carlos Noguera...) había puntos de referencia fincados en personalidades como Adriano González León, Salvador Garmendia. Luego aparecería una generación un poco más joven, en la que ubica, por ejemplo, a Ednodio Quintero, con quien hay algunos puntos de identificación: "Siento que Ednodio va detrás del procedimiento en la literatura, como una estrategia de escritura. Yo siento que también mi camino es ése, a pesar de esas diferencias individuales. Su mundo también es un ángulo de incidencia de un pasado, de un mundo rural, no costumbrista y visto desde una perspectiva ampliada por la experiencia literaria..."

Después aparecen nuevos escritores como Israel Centeno, Ana Teresa Torres, en un abanico mucho más amplio. "Creo que es difícil encontrar dos escritores que vayan por el mismo camino, a pesar de que uno podría decir que hay en algunos escritores una perspectiva común... incluso yo creo, por ejemplo, que Ednodio, José Balza y yo somos más novelistas que narradores, a pesar de que el relato en Ednodio y en José cumple un papel importante. Hay una relación pero no son exclusivamente narradores. Claro eso le corresponde señalarlo a los que han hecho estudios... creo que se ha ampliado mucho el espectro..."

Lamentablemente el seguimiento del escritor es difícil porque entre obra y obra pasa tiempo —comenta— pero esto no se debe a la falta de producción, a que no se escriba, sino a que la posibilidad de publicar es lenta y difícil.

Ante esa dificultad, faltan oportunidades para conocer a los narradores más jóvenes, a los que están empezando: "Lo ideal sería que todos publicaran. Que pudiéramos seguirlos".

Ampliando el espectro, la autora parte nuevamente de la memoria destaca a Adriano González León, a Salvador Garmendia, quienes dentro de la literatura en general hicieron aportaciones importantes. A ellos suma la escritura de Alfredo Armas Alfonzo, cultivando un género propio, muy personal. En esa amplitud ubica también a Elisa Lerner que a través del teatro muestra algo que va entre la crónica, el relato, la reflexión, el ensayo. "Creo que ese primer registro literario puede que esté dando en este momento sus frutos, que estemos menos

atenidos a lo que se llama el género: la novela, el cuento... que nuestra manera de expresarnos sea así, más amplia”.

Narrar en estos tiempos. Qué hacer por la paz

Hablar de cambios entre el siglo XX y el siglo XXI, fusiona en la conversación reflexiones históricas, inquietudes y memorias personales, lecturas, observaciones sobre el comportamiento del hombre...

La idea de cambio impuesta por el cronograma no corresponde directamente al pulso de la sociedad. Hemos vivido —comenta la escritora— una especie de sensación de borde o abismo, desde antes.

El mundo ha convulsionado desde hace tiempo. El ideal utópico de la paz, se tamiza en esta conversación. En el panorama de la humanidad —considera Victoria de Stefano— podríamos pensar en términos de distensiones.

La paz, la guerra, el papel de la escritura... los temas la llevan a recordar la época en que James Joyce escribió *Ulises*: justo entre 1914 y 1918, durante la primera guerra mundial. Pregunta la escritora si en el famoso *Ulises*, publicado en 1922, ¿hay algo que haga pensar en la guerra? En su memoria aparece también una referencia a Robert Musil, quien escribió entre 1930 y 1941 *El hombre sin atributos*. El entorno bélico no necesariamente aparece en la literatura, puede apartarse mientras se presentan otros aspectos de la sociedad, del hombre. En *Ulises* está presente la fragmentación, una especie de imposibilidad de una acción, incluso en el sentido de su propia literatura, el cuestionamiento sobre cuál es la verdad....

Comenta Victoria de Stefano que en Alemania hicieron algunas encuestas sobre cuáles eran las novelas sobre la guerra que incidieron en la gente, y prácticamente no existen.

El escritor puede tener un papel en la conciencia humana. La escritora asocia las letras al pensamiento, a la sensibilidad. Hay mucho que hacer, en esos términos, para la cultura de convivencia, para los momentos de civilidad. No tendría sentido que los escritores, con un cúmulo de experiencias intercambiables, comunicables, y con la sensibilidad y el arte para hacerlo, se guardaran ese mundo de posibilidades que da la literatura, ante la consigna de que hace tiempo se perdió la humanidad... “Escribir es una actividad, una manifestación del pensamiento —dice Victoria de Stefano— que espero siempre se asocie a las facultades del espíritu”.